

Dúo. Ninin-Ten

CÍRCULO Y PLANO: ETERNA, SIMPLE POÉTICA Ma. Eugenia García Cortés

COMO ES ADENTRO ES AFUERA. Como es arriba es abajo. La dualidad siempre es aparente. Paradójica es también la condición del mundo y del ser humano, que están fuera y dentro al mismo tiempo. Onda y pulsación, según la física cuántica.

La exposición *Dúo. Ninin-Ten* (Casa del Tiempo, noviembre-diciembre, 2005, museografía de Raúl Hernández Valdés), de los pintores japoneses Katsumi Kurosaki y Kunio Iezumi, no escapa a ese juego engañoso de espejos que reflejan los múltiples rostros del universo.

Aunque ambos artistas comparten orillas: nacionalidad, filosofía y cultura, edad, idiosincrasia, ética e incluso estilo y material pictórico: abstracción y acrílico, como cualquier par o dualidad que se reconoce en semejanzas, sus obsesiones pictóricas y creativas son completamente diferentes.

Emoción templada en las aguas heladas de la lucidez irreductible, de la experimentación y el cuestionamiento artístico, en el caso de Katsumi. Interrogación metafísica a partir de su formación matemática inicial, expresada poéticamente por medio de mezclas de pigmentos y polvo de piedras, en el de Kunio.

LA TRANSPARENCIA DEL CÍRCULO

El estudio fenomenológico del círculo que hace Kunio Iezumi en esta exposición envuelve al espectador en una atmósfera

casi esotérica. La redonda geometría se convierte en mandala, descripción budista del mundo. Círculos dentro de círculos al infinito, liberados o acotados por formatos cuadrados o rectangulares. Ocultos o develados por grandes o pequeñas superficies oscuras o claras. Chorreados de “transparencias” que les devuelven su pureza original.

De la serie **La fenomenal del círculo**, *Anillo rojo* (122 x 122 cm), un imponente y caluroso anillo naranja, recuerda el hinóptico dinamismo espiral de las nebulosas, contrasta casi brutalmente con la redondez azul muy oscura de *El silencio* (122 x 78 cm), oculta y estática en apariencia porque en realidad el círculo aparece y desaparece de la vista como juego óptico, donde “no puede distinguirse si se dirige al centro o hacia fuera”.

La tierra del cielo (122 x 122 cm) recrea el efecto de una fina lluvia terrosa de grises, blancos y cafés mojando un círculo central sitiado por esquinas oscuras. Mientras *El círculo de la transparencia*, de igual formato, una especie de esfera solar manchada, atravesada diagonalmente por un chorreado claro, revela ese amor japonés por la belleza del defecto, “la chuecura”, la imperfección que al final une la redondez perfecta del círculo, lo eterno, con los seres humanos.

En *La metáfora de la nevada* (200 x 125 cm), las veladuras actúan como esa “nieve turbia y lodosa”, resultado temporal de acciones humanas, tan bella en sí misma como la nieve en su estado puro y natural.

Un díptico y un tríptico completan esta serie de círculos eclipses o diferentes estadios de luz que cubren y descubren la redondez madre, la forma original que nutre y absorbe: el cosmos.

Kunio Iezumi describe su trabajo impecable de luces y geometrías: “En el proceso, la vista sobre los colores enciende mi memoria y nace la orientación. Es como escuchar un silencio que corre hacia el fondo de mi ser... comienzo a obedecer a la obra que se transforma con mis trazos... es el momento del nacimiento de un cuadro”.

EL MISTERIO DEL PLANO

La incógnita creativa del plano o el lienzo pictórico: apariencia, composición, extensión y sentido del color, presencia inmediata, es la preocupación estética de Katsumi Kurosaki, que en *Dúo* se expresa casi con violencia en *Tendencia roja* (140 x 140 cm), una gran herida en ebullición, a punto de *craquelar* las texturas compositivas que laten como venas debajo de las líneas verticales y rompen el formato cuadrangular. Lava apenas contenida, conceptual y museográficamente, por *Guardián* (140 x 55 cm), austero rectángulo en colores oscuros: negro y gris.

Mientras que el formato horizontal de *Marea ondulada* (65 x 150 cm) desplaza las olas juguetonas escondidas entre un dinámico rayado azul, *Coleccionista* (85 x 44 cm) parece desafiar el formato vertical desde un muy bien plantado y caluroso rayado horizontal multicolor. En tanto que las líneas manchadas por pincelazos, como hechos al azar, de *Colección X* (150 x 90 cm) afianzan la hegemonía horizontal que convierte la elegante presencia del cuadro en belleza clásica y moderna a la vez.

Alma (95 x 55 cm), un inquietante cuadro de líneas y texturas verdes y rojas, recrea una especie de *selva oscura* a punto de engullir al espectador si se descuida; jalarlo desde su ombligo o abertura rectangular para atraparlo dentro del otro lado del espejo.

Dominio (120 x 80 cm), una serie de casi rombos que recuerda un atado de bambúes, es como un tapiz carcomido por tonalidades negras, blancas y grises. *Charcoal night* (65.5 x 125 cm) no sólo muestra las infinitas posibilidades del negro, sino permite escuchar un tenue murmullo nocturno, detrás del cual asoman algunas pinceladas claras, sea como ruidoso clamor urbano o como tintineo de luciérnagas.

Río lejano (120 x 80 cm), un rectángulo partido a la mitad, une y separa una ilusión. Arriba parece fluir verticalmente un mundo orgánico de texturas que semejan raíces, ramas, tierra, lodo. Abajo, un bloque de pintura azul intenta detener ese fluir que lo evade y se adivina detrás del agua transparente, como en una vitrina de acuario. Surge la pregunta: ¿dónde estamos: adentro o afuera? Algo nos arrastra en la vida como ese río. La turbulencia que detiene la apariencia detrás de lo que vemos.

Expresionismo sí, pero emoción apuntalada por un largo y arduo trabajo, rigor compositivo, búsqueda obsesiva y experimentación cromática y de texturas.

La doble visión de Katsumi Kurosaki, apasionada y sobria, desborda los formatos de sus cuadros porque abre la puerta del misterio que actúa por cuenta propia y muestra los todavía infinitos caminos por recorrer en la simple y mágica desnudez del lienzo en blanco.

MARÍA EUGENIA GARCÍA CORTÉS fue directora de la Galería Metropolitana de la UAM (1994-1996). Curadora y promotora cultural.

FENOMENOLOGÍA DEL PLANO

Katsumi Kurosaki

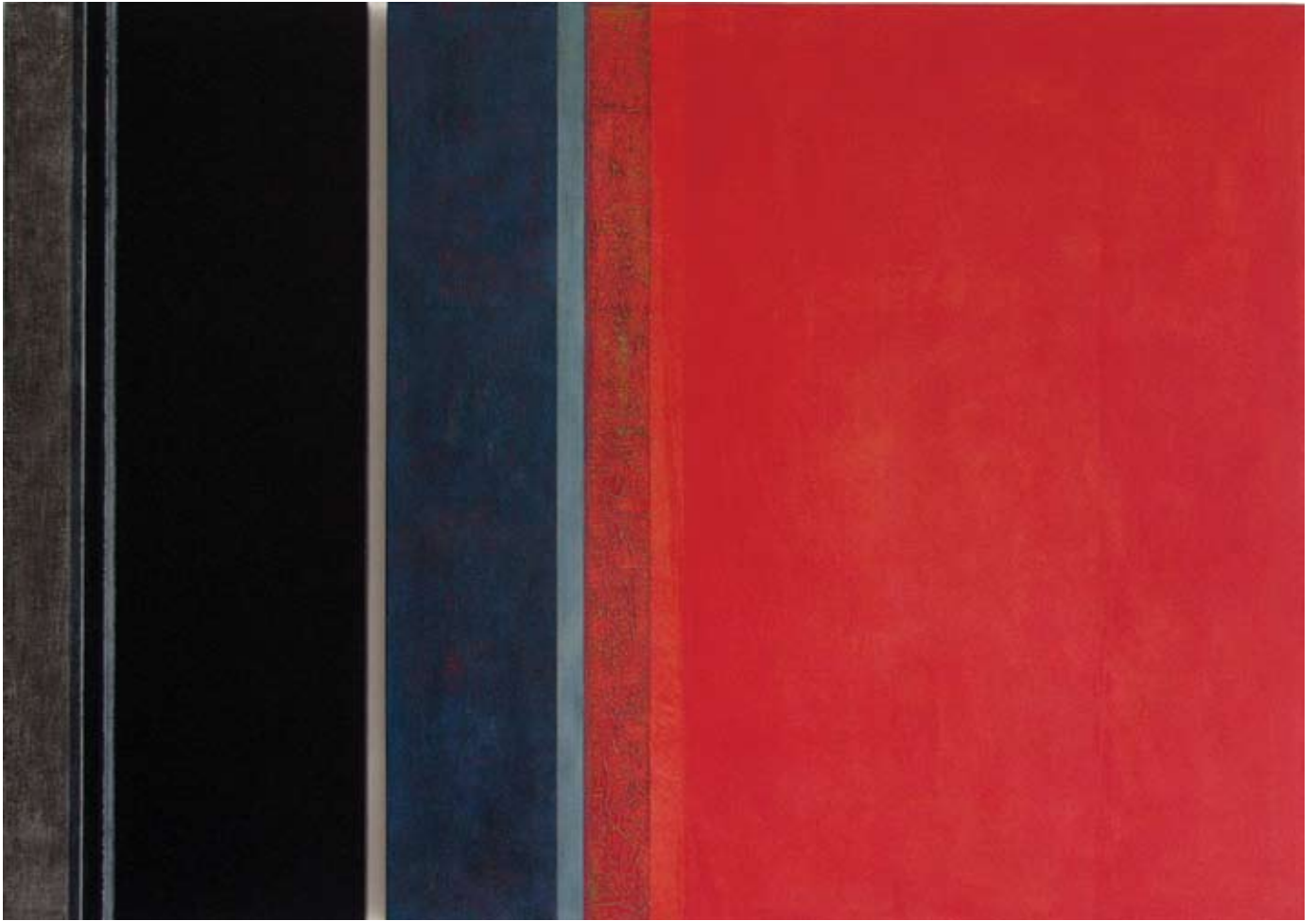
SI EL DESTINO DE UN CUADRO es convertirse en objeto del mirar, la recapitulación sobre mi propio trabajo equivale a mirarme a mí mismo nuevamente con ojos objetivos y como parte de una reflexión que muestra por dentro el interior de mi acción de “pintar”. Algo que, sin duda alguna, también será significativo en el intento de trazar mi propia trayectoria futura.

Exponer, para mí, es algo así como la actitud de un viajero que avanza con humor fresco hacia su próximo destino,

dejando el exceso de peso porque no puede seguir cargando con todo lo que ha hecho anteriormente.

Hace unos diez años durante largo tiempo me puse a reflexionar sobre la abstracción, y finalmente tomé la decisión de “pintar abstracto” como mi propio camino. Aún sigo en la misma dirección.

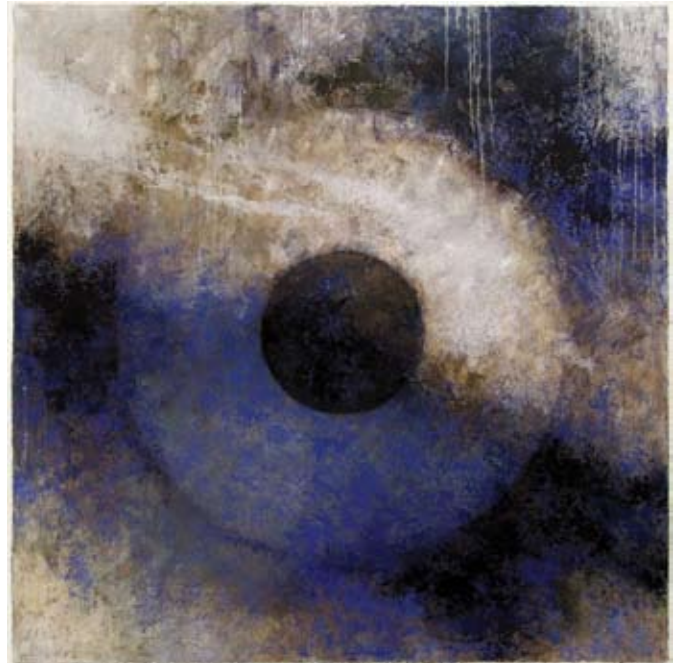
En primer lugar, me concentré en el trabajo de seleccionar, adoptar y rechazar lo que realmente necesitaba. Luego, poco a poco empecé a trabajar en el estudio simultáneo de



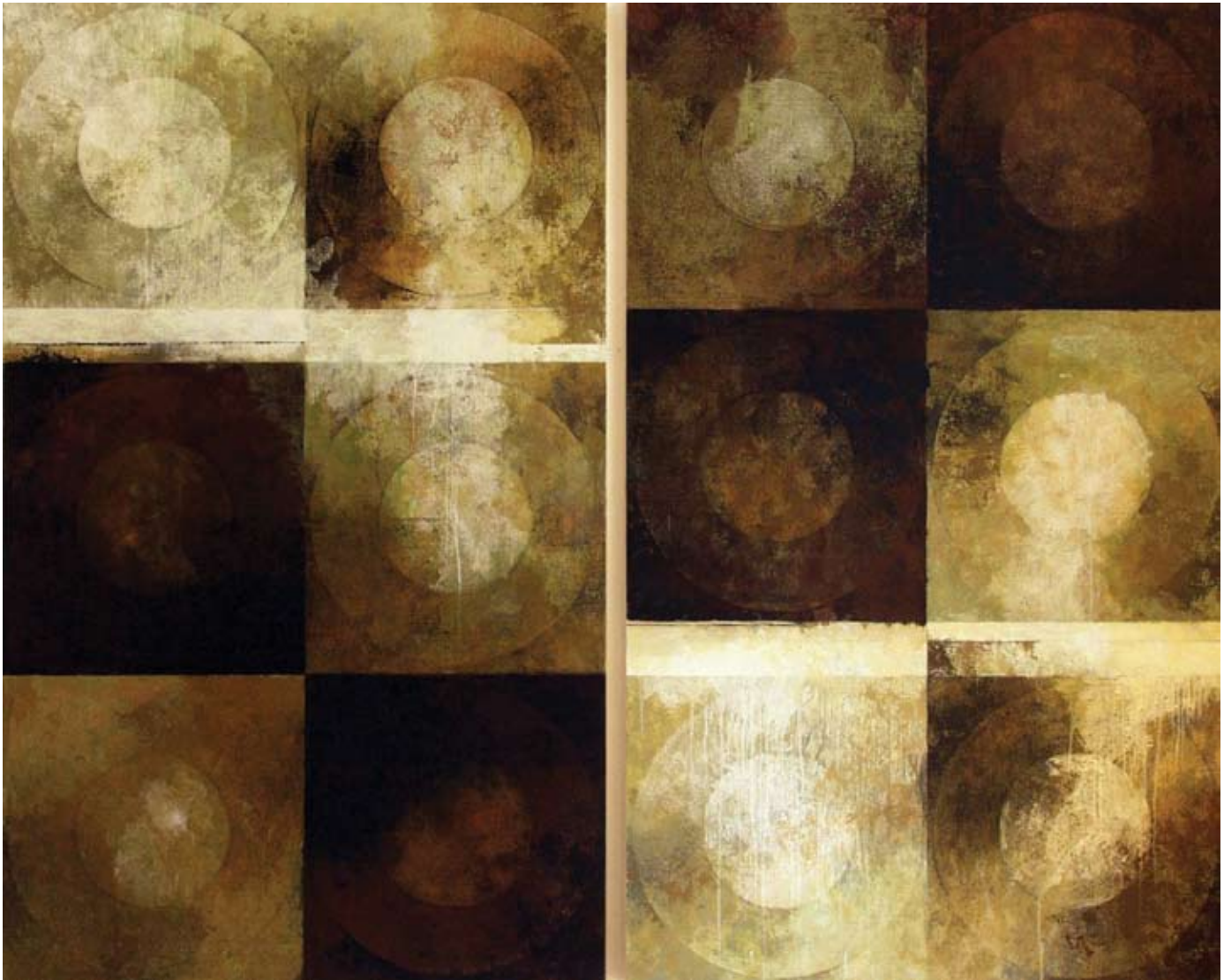
Katsumi Kurosaki, *Guardián / Tendencia roja* (díptico), pigmento, acrílico, papel, resina / tela, 140 x 55 cm, 140 x 140 cm, 2005



Kunio Iezumi, *La fenomenal del círculo, Anillo rojo*, polvo de piedra, pigmento, acrílico / papel, 122 x 122 cm, 2005



Kunio Iezumi, *La fenomenal del círculo, El círculo de la transparencia*, polvo de piedra, pigmento, acrílico / papel, 122 x 122 cm, 2005



Kunio Iezumi, *La fenomenal de los círculos* (díptico), polvo de piedra, pigmento, acrílico / tela, 200 x 122 cm c/u, 2005

la apariencia, la presencia, la anatomía y la reconstrucción de un cuadro. Para dedicarme, entonces, a crear mi estilo observando el aspecto más importante del plano o superficie pictórica: la simplicidad, y avanzar así en la construcción de formas que se llevaran bien con mis colores. La exposición *Dúo* es un buen resultado de este proceso, en el que, por supuesto, fue determinante la influencia de todo lo que había visto y oído en México, y logré transformar e integrar naturalmente en mi pintura.

En relación con la anatomía actual de mis cuadros, la línea recta y el *hard edge* o frontera muy clara entre dos colores funciona más que nada para personalizar o caracterizar un cuadro; para darle una apariencia personal, propia. En este sentido el aspecto geométrico de mis cuadros no es más que el resultado natural de la división del espacio por medio de líneas.

La selección de tres o cuatro colores principales, junto con la línea, pretende que la esencia del cuadro llegue direc-

tamente a la mente o el corazón de los espectadores como efecto psicológico. La naturaleza de la obra debe ser revelada por contacto íntimo con el observador. Este fenómeno es su razón de ser como cuadro.

La superficie rugosa adquiere la condición de altibajos logrados por medio de resina sintética y pedazos de papel sedimentado debajo de una mezcla de pigmentos y resina. Luego, la superficie se rasca o lava hasta que aparecen o se develan los colores ocultos, para después agregar varias capas de colores diluidos y obtener así una superficie con mucha profundidad óptica. Al final, el resto de la superficie simplemente queda pintada con colores que aprovechan mejor la característica original del soporte.

Estos días, en el mundo del arte, las formas creativas que no persiguen formas convencionales, como la pintura y la escultura, automáticamente se convierten en sinónimo de arte actual o contemporáneo, con reconocimiento universal. Pero lo que en realidad ha cambiado, no sólo para el arte sino

también para los creadores, sin importar que les guste o no, es que están obligándonos a ver el mundo con una visión mucho más amplia. Esto, probablemente, será una de las características más destacadas e importantes del siglo xx.

En el desarrollo de lo abstracto, pintores prototipo como Mondrian y Kandinsky; Tapies y Burri como representantes de las *hand-made textures*; Barnett Newman y Mark Rothko en el *color-field painting* del expresionismo abstracto; el minimalismo, arte conceptual y muchos etcéteras tomaron excitantes caminos antes de llegar al tiempo actual, a la época de la libertad total, donde todo es posible en arte.

Se trata de una especie de caótico o tramposo libre albedrío, fenomenología psicológica que libera y amarra ante tal cantidad y variedad de opciones. Una multitud de preguntas sin respuesta nos inunda frente a la obra artística: ¿qué define un cuadro como pictórico, materialista, espiritual, religioso o metafísico?

La lucha. El no detenerse. La búsqueda continúa, implacable, que nos sumerja en el océano ondulante, en la magia flexible del lienzo en blanco, para liberar a la pintura de la psicofenomenología del plano.

Octubre, 2005

Deseo expresar mi especial agradecimiento al arquitecto Raúl Hernández por su gran apoyo.

KATSUMI KUROSAKI (Niigata, 1953) estudió arquitectura y pintura en Japón, en los años setentas. Desde noviembre de 1991 vive y trabaja en México, donde reinicia su actividad plástica y museográfica.

Katsumi Kurosaki, *Alma*, pigmento, acrílico, papel, resina / tela, 95 x 55 cm, 2005



LA METÁFORA DE HIELO Y NIEVE

Kunio Iezumi

VEO EL ESQUELETO MAGNÍFICO de las montañas del Himalaya y el cielo, azul profundo, parece que estuviera en el fondo del mar. La ventisca arrastra consigo nieve y nubes, arde y asciende como llama blanca, las montañas negras se yerguen firmes.

Con frecuencia, durante el invierno, iba a recoger el arco iris. Mas no del firmamento sino de los arrozales de riego. Después de segado el arroz, el agua se hiela multiforme y de sus contornos centellean los colores del arco iris... es la refracción de la luz del sol.



Katsumi Kurosaki, *Dominio*, pigmento, acrílico, papel, resina / papel, 120 x 80 cm, 2005

Había caído nieve a la medianoche. Al día siguiente camino por las calles de Tokio. La nieve estaba sucia de tanto tránsito... de autos y de gente. Se me resbalan los pies con la nieve fundida. Voy a dar de bruces al suelo y cuando levanto los ojos descubro un paisaje de árboles cubiertos de hielo-nieve en plena calle. Me doy cuenta de golpe que el hielo-nieve está sucio, mientras que hacia el horizonte la nieve sigue inmaculada.

Puede ser que la pícara luz del sol me jugara una travesura. Puede ser que, por un momento, mi conciencia estuviera libre de la sujeción de la costumbre de ver. Quizá no importe. Lo cierto es que la nieve turbia, lodosa, era tan bella como la nieve que no cambia su estado.

Los recuerdos de estas imágenes, además de evocar pensamientos, quedan como sedimento del tiempo ahí, en mi memoria. Así, cuando aparece una imagen en mi mente, es similar a un pedazo de eternidad, inmóvil, semejante a un mundo que existe independiente, que flota en un tiempo sin continuidad, sin vínculos.

Por eso, cuando pinto no copio imágenes porque ya no existen como las fotos. Cuando pinto, no tengo una imagen preconcebida. Soy como una página en blanco donde se empieza con una composición sencilla. En el proceso la vista sobre los colores enciende mi memoria y nace la orientación, es como escuchar un silencio que corre hacia el fondo de mi ser... comienzo a obedecer a la obra que se transforma con mis trazos... es el momento del nacimiento de un cuadro. •

KUNIO IEZUMI (Ashikaga, 1951) estudió dibujo en la Academia de Arte en París y artes plásticas en la Academia de San Fernando en Madrid. Desde 1993 vive y trabaja en Tepoztlán.